

HAFTAR EN DECLIVE

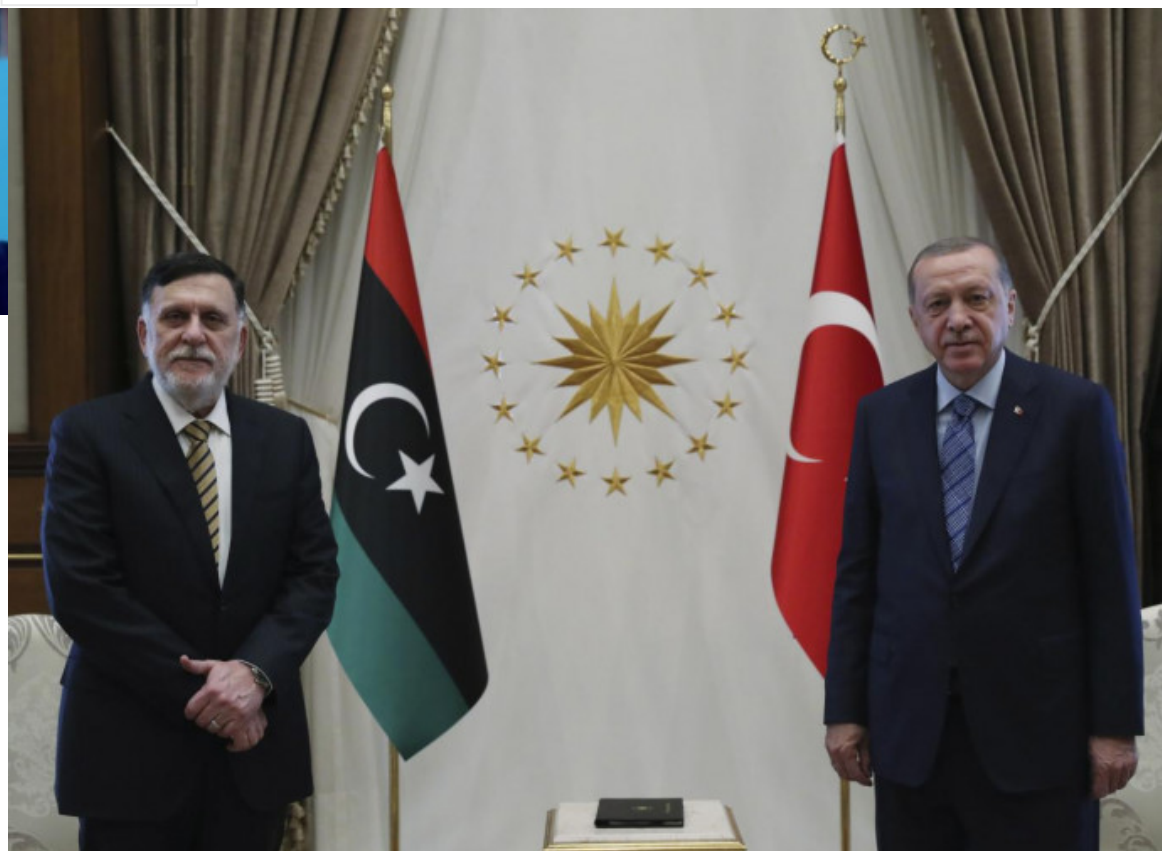
Libia: Erdogan disfruta mientras rusos y turcos estudian la paz

INTERNACIONAL

10_06_2020



**Gianandrea
Gaiani**



La lucha por Trípoli ha terminado y la paz en Libia parece más cercana hoy. Las derrotas sufridas en abril en la Tripolitania occidental por las fuerzas libias del Gobierno de Unidad Nacional libio (GNA, por sus siglas en inglés), ayudadas por los turcos (1.500

soldados y contratistas con drones, buques de guerra, vehículos blindados y artillería) y sobre todo por once mil mercenarios sirios alistados por Ankara, han hecho que el Ejército Nacional Libio (LNA, por sus siglas en inglés) del mariscal Jalifa Haftar se retire de todo el frente de Trípoli.

Los primeros en dejar Bani Walid y luego Jufra (una gran base aérea a la que llegaron una docena de Mig y Sukhoi rusos, pero sin ningún letrero) fueron los 1.500 contratistas rusos del Grupo Wagner: no está claro si se han ido de Libia o han sido trasladado a Jufra o al este de Libia. Antes de retirarse, las milicias de Haftar han socavado el aeropuerto internacional, cerrado durante años al tráfico aéreo y que ahora Trípoli pretende que limpien los italianos, y también han evacuado su fortaleza en Tarhuna, al sur de la capital, donde ahora se teme que el GNA tome represalias contra la población y los clanes que apoyaban al mariscal.

La retirada del LNA sella el éxito militar turco y recompensa al gobierno de Recep Tayyip Erdogan, que ha jugado sus cartas (militarmente hablando) sin escrúpulos, colocando así al gobierno de Trípoli bajo la estricta protección de Ankara y socavando el papel residual de influencia del que hasta ahora Italia podía presumir. La reciente visita del primer ministro Fayed al-Sarraj a Turquía (véase la foto) ha hecho que Trípoli abra de par en par las puertas a todo tipo de empresas turcas para llevar a cabo la reconstrucción de la región de Tripolitania y la búsqueda, tanto en tierra como en mar, de nuevos depósitos de gas y petróleo: una señal inequívoca de que, casi 110 años después del desembarco de los italianos en Trípoli en 1911, los turcos han expulsado a los italianos de su antigua colonia.

La derrota militar también trae consigo fuertes dificultades políticas para Haftar, dificultades que podrían comprometer el papel del anciano militar –a quien ahora el presidente del parlamento en Tobruk pasado por alto- Aguila Saleh, que ha sido recibido en estos días en Moscú y El Cairo y considerado por todos como el hombre con quien reabrir el diálogo con Trípoli para detener el conflicto. Una autoridad política, la de Saleh, comparable a la que se ha ganado en el GNA el vicepresidente Ahmed Maitig, que ha conseguido que Estados Unidos se ponga del lado de Trípoli para condenar la agresión en Haftar, pero también respetada en Moscú, donde se ha reunido en los últimos días con el ministro de Exteriores, Sergey Lavrov, para elaborar un plan de cese al fuego.

Anteayer, en Moscú, al-Sarraj también ha hablado de la firma de acuerdos de apertura de Tripolitania a las empresas rusas y de la confirmación de los contratos de suministro militar firmados por Muamar el Gadafi, que están pendientes desde

entonces. La intensa labor diplomática de estos días tiene protagonistas turcos, rusos y egipcios, mientras que los que han sido dejados de lado siguen siendo Catar y los Emiratos, patrocinadores respectivamente de Trípoli y Haftar.

El 6 de junio, el presidente egipcio Abdul Fatah Al Sisi ha anunciado que se había llegado a un acuerdo entre el Jalifa Haftar, comandante del autoproclamado Ejército Nacional Libio (LNA), y Aguila Saleh, presidente de la Cámara de Representantes de Libia, sobre una solución a la crisis libia basada en un alto el fuego en todo el territorio libio a partir de ayer y un compromiso de expulsión de las fuerzas extranjeras del país norteafricano en cumplimiento de las resoluciones pertinentes de las Naciones Unidas y en la dirección de la reanudación de un diálogo político en Libia. Un acuerdo rechazado por el GNA, cuyo portavoz, Muhammad Gnounou, ha precisado que “no comenzamos esta guerra, pero decidiremos dónde y cuándo terminará”.

La impresión es que Trípoli, pero sobre todo Misurata –la “Esparta Libia” que se ha llevado la peor parte del conflicto- pretenden retomar Sirte, que cayó en manos de las fuerzas de Haftar en enero. En los últimos años, la milicia Misurata ha luchado durante muchos meses para arrebatar la ciudad a las milicias del Estado Islámico y hoy en día no parecen interesados en concluir un acuerdo de tregua antes de haber recuperado el control de la ciudad que vio nacer a Gadafi.

El 28 de mayo, para apoyar esta última ofensiva, los tanques turcos M-60 aterrizaron en Misurata desde un barco mercante escoltado por una fragata de misiles de la marina turca. Las operaciones de aproximación a Sirte ya han comenzado. Pero para confirmar que a estas alturas el conflicto libio está siendo gestionado por las potencias externas, las tropas del mariscal Haftar no parecen querer oponer resistencia y también se están retirando de esa ciudad como si respetaran tácitamente un guión ya escrito.

Libia, pacificada por el acuerdo ruso-turco que está tomando forma, verá por lo tanto a Moscú y Ankara asegurarse posiciones privilegiadas en el campo militar y económico. Probablemente Libia permanecerá dividida en dos: desde la frontera tunecina hasta Sirte en manos del GNA, desde Ajdabiya hasta la frontera egipcia bajo el control del LNA, mientras que todavía no se conoce el destino de Fezán, la región meridional en manos del LNA pero donde varias tribus se encuentran en conflicto.

Haftar, derrotado pero aún “molesto”, podría de alguna manera ser retirado por sus propios patrocinadores: desde hace días los rusos y los egipcios ya han pedido al mariscal que nombre un diputado que pueda dialogar con Trípoli sobre los puntos

militares del acuerdo. En el plano político, el órgano de la presidencia de Trípoli previsto en los acuerdos Sjjirat de 2015 probablemente se ampliará para incluir a representantes de Cirenaica no cercanos a Haftar, a fin de dar una impresión de administración conjunta que también gestionará equitativamente los ingresos del petróleo que pronto volverán a llegar a las arcas libias, ahora que Haftar ha eliminado el bloqueo a las exportaciones con el que ha intentado en vano estrangular económicamente al GNA.

Por lo demás, serán las fuerzas turcas y rusas (probablemente “no oficiales” pero compuestas por contratistas y mercenarios que ya son protagonistas de estas últimas fases del conflicto) las que asegurarán la congelación del conflicto. El acuerdo ruso-turco, que va a la par del alcanzado por Erdogan y Putin en Siria, permitirá no sólo detener el conflicto, sino también excluir de los asuntos libios a los países europeos, limitando la influencia de los Estados Unidos que, en esta fase, tratan de volver a acercarse a Ankara y Trípoli.